

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: ¿Odio al hermano o amor al hermano? –

Una decisión grave –

El profeta Abdías llama al arrepentimiento

(8 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



**¿Odio al hermano o amor al hermano? - Una decisión grave –
El profeta Abdías llama al arrepentimiento
(8 días)**

Día 1

Abd. 1-21

El libro de Abdías es el más pequeño del Antiguo Testamento. Se le ha llamado “hoja volante”, pero la Palabra de Dios no es fugitiva, sino que es firme. La manera de hablar que encontramos en el libro es dura y áspera, sin adornos, y su tema apunta directamente al corazón. Un expositor llama a Abdías el profeta contra el odio al hermano.

De Abdías mismo no sabemos casi nada; no se conoce la historia de su familia, ni su genealogía, ni su lugar de procedencia; por eso, tampoco se puede determinar el tiempo exacto, cuando escribió su mensaje. Pero su nombre llegó a ser el plan de su vida: ¡siervo del Señor! Adorador de Yahveh, quien es nuestro Creador y Redentor, el que nos ama y del que recibimos todo lo que somos y tenemos.

Abdías habló por autoridad del eterno Señor de señores. Por eso su palabra tiene vigencia para todas las generaciones en todo el mundo. Aunque su mensaje es muy corto en el libro de los libros, nos da una profunda percepción de la manera de ser de Dios y también de la manera de ser del hombre sin Dios. Nos revela la verdad acerca de nuestros íntimos motivos, de nuestra arrogancia y de nuestro malvado corazón (lea Mr. 7:21-23).

Aunque aparentemente se trata solamente del pequeño pueblo de los edomitas, Dios en su amor llama a través de Abdías a todos los que leen y escuchan este mensaje, al arrepentimiento; se trata de juicio o gracia. Nosotros debemos elegir.

En los próximos días preguntaremos: ¿quiénes son los edomitas, quién es su patriarca y qué tiene que ver con nosotros? ¿En qué consiste el mensaje duradero de esa “hoja volante”, y ante cuáles decisiones nos expone hoy en día?

Tenemos que retroceder a la historia de dos hermanos, que eran muy diferentes uno del otro: leamos Gn. 25:19-28.

Día 2

Gn. 25:29-34; 27:1-4,19-30,34,35,41

Dos hermanos

Jacob y Esaú eran los hijos mellizos del patriarca Isaac. Esaú, el primogénito, aborreció siendo mayor de edad su primogenitura a cambio de un plato de lentejas. Con esto perdió su bendición. Esa decisión, para tener un corto placer, en contra de los planes benditos de Dios, era tan grave, que el nombre del guiso rojo, “edom”, llegó a ser su nombre y el de su descendencia, los edomitas (Gn. 25:30; 36:1; Abd. 1)

Los próximos sucesos muestran, que su decisión se originaba en su manera impía de ser, tanto, que el escritor de la carta a los hebreos lo presenta como ejemplo de advertencia: “Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; ... no sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura. Porque ya sabéis que aún después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas” (He. 12:15-17).

Fijándose en la injusticia de su hermano Jacob, quién con engaño consiguió la bendición, Esaú, dio lugar al odio en su corazón. En vez de aferrarse a Dios, se decidió a matar a su hermano. Por eso Jacob huyó de su casa paterna. Junto a su tío Labán consiguió trabajo, y Dios le dio una gran familia. Cuando Dios, después de veinte años, le dijo que volviera a su patria, aconteció el gran milagro de la reconciliación entre los hermanos: “Esaú corrió a su encuentro y le abrazó, y se echó sobre su cuello, y le besó; y lloraron” (Gn. 33:4).

Jacob le insistió a su hermano que recibiera sus regalos, que le había mandado delante de sí, y dijo: “... porque he visto tu rostro, como si hubiera visto el rostro de Dios, pues que con tanto favor me has recibido” (v.10).

¿En qué aspectos necesito yo reconciliación? ¿Qué pasos daré antes? (Comp. Mt. 5:23-26.)

Día 3

Gn. 36:1,6-9; 46:1-7

Dos pueblos

De los dos hermanos se formaron dos pueblos, que por razón de sus grandes propiedades no podían vivir juntos. Esaú, el padre de los edomitas, se fue con todo lo que tenía al monte Seir, lejos de su hermano Jacob, quien vivía en Canaán.

Por causa de una gran hambruna Jacob se fue a Egipto, buscando ayuda. La nueva patria, que José, por medio de faraón, pudo preparar para su familia, llegó a transformarse por diferentes cambios de gobierno, en un lugar de esclavitud. Después de cuatrocientos años fueron liberados por la intervención de Dios con Moisés y Aarón (comp. Éx. 14:13,14,26-31).

¿Qué había pasado, mientras tanto, con la descendencia de Esaú? Ellos habían vivido en el monte de Seir por varias generaciones. Pero cuando el pueblo de Israel, sus hermanos* había sido llevado a la libertad de la esclavitud, “entonces los caudillos de Edom se turbaron; a los valientes de Moab les sobrecogería temblor” (Éx. 15:15).

Cuando Moisés después de la jornada de cuarenta años del pueblo de Israel a través del desierto, pidió permiso al rey de Edom pasar por su territorio, ellos se negaron dejarlos pasar y Edom salió “contra él con mucho pueblo, y mano fuerte” (comp. Nm. 20:14-21).

¿Cómo podía formarse tal enemistad de las generaciones siguientes? Los hermanos se habían reconciliados y se separaron en paz uno del otro. ¿Por qué se asustaron los caudillos de Edom después de la liberación de Egipto del pueblo hermano Israel? ¿Por qué no se gozaron junto con ellos después de toda la angustia que habían experimentado? Instintivamente uno se pregunta: ¿de qué manera Esaú contó a sus hijos la vieja historia? ¿Habría hablado claramente del perdón y de la reconciliación? ¿Quién motivó por sus palabras o hechos el viejo odio en sus corazones?

También nosotros estamos una y otra vez de nuevo ante la decisión: ¿qué palabras transmito y que propósito persigo con ellas? “Lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Lea Gá. 6:7-10; Ro. 12:17-21.)

*después de la lucha con Dios junto al arroyo Jaboc, Jacob recibió un nuevo nombre: Israel (Gn. 32:25-29).

Día 4

Abd. 10,11; 2.Cr. 21:8-17

Muchas generaciones

A pesar del perdón y la reconciliación, que Jacob y Esaú experimentaron, el pueblo de los edomitas se desarrolló en otra dirección. Una y otra vez Dios tuvo que denunciar el odio, la violencia y el orgullo del pueblo (lea Mal.1:4; Ez. 35:11,12; Jer. 49:8b).

Hasta los tiempos de los reyes leemos de la enemistad entre Israel y el pueblo hermano de los edomitas (comp. 1.S. 14:47; 2.S. 8:13,14; 1. R. 11:14,15). Abdías habló acerca de un día de alegría del mal ajeno de Edom sobre su hermano Jacob. ¿A cuál suceso se referió? Pensando que el tiempo de la actividad de Abdías era durante el gobierno de Joram, entonces podría referirse al suceso descrito en 2.Cr. 21. En ese caso los edomitas no solo habían observado como los filisteos y árabes invadieron en Judá y Jerusalén y que tomaron todos los bienes de la casa del rey y llevaron a muchos presos. Más aún, participaron de esa victoria con gran alegría del mal ajeno y ayudaron a derramar sangre inocente.

Si el tiempo de acción de Abdías hubiera sido más tarde, se podría referir a la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor, cuando Judá fuera deportado al exilio en Babilonia.

Respecto a la importancia de nuestro texto no habría ningún cambio. Más bien, podríamos hablar de un tiempo más largo, en el cual Dios soportó la impiedad de Edom intentando lograr que los edomitas se convirtiesen de su odio y enemistad y entregasen su rebelde corazón a Dios, quién quería renovarlo (comp. Is. 43:18,19).

¿Hemos apreciado algo especial de la manera de ser de Dios? Aquí podemos ver a un Dios que se preocupa con gran paciencia y amor de sus criaturas rebeldes (lea 2.P. 3:9). Él advierte y llama en cada generación de nuevo, para que los hombres se entreguen confiadamente a su gobierno bondadoso y que sean sanados en sus corazones (comp. Ez. 18:21-23).

¿Cuándo he experimentado la generosidad y paciencia de Dios? Quiero agradecerle por eso.

Día 5

Abd. 15,21; Mt. 6:9-15; 7:12

Decisiones extensas

El que no se expone a la luz del amor “buscador” de Dios, sino que se queda en la sombra de su propia justicia, experimentará el desastre de un corazón endurecido con extensas consecuencias. Según la ley de siembra y cosecha, el profeta tiene que decir en el nombre de Dios: “como tú hiciste se hará contigo; tu recompensa volverá sobre tu cabeza”.

Aquel que como Esaú desea la muerte a su hermano y se abre al espíritu de la enemistad, experimentará probablemente el mismo destino. Así nos damos cuenta que un corazón duro no lleva a la vida, sino a la muerte. De esto habla la primera parte de la profecía y revela al mismo tiempo tres características del odio al hermano.

En primer lugar da luz a la razón escondida en el propio corazón, que en su orgullo exigió perfección del otro, pero estaba cegado por su propio odio, el propio pecado. Por eso el profeta tuvo que decir: “la soberbia de tu corazón te ha engañado ...” (Abd. 3).

En segundo lugar esa ceguera de su corazón lo volvió duro y frío, cuando el hermano se encontraba en la miseria (Abd. 10-14). Así él mismo se encontraba en injusticia y junto con él muchos más.

Percibimos una *tercera* característica: el odio al hermano aumenta como una bola de nieve desencadenando una avalancha, que puede arrastrar y enterrar a muchos, no sólo en la misma generación, sino mucho más allá a otras. Puede ser la razón que un pueblo entero sea exterminado, cuando permanece en esa actitud de corazón (comp. Ex. 35:5,6).

¿Cómo reaccionamos cuando sufrimos injusticias? Podemos pensar:

- 1) ¿Quién quiero ser: un hombre iracundo, lleno de odio, o uno que perdona y ama (Ef. 4:26,27)?
- 2) ¿Cómo trataré las injusticias de mi “hermano”? ¿Fijo mis ojos en *ellas* o en la justicia de Dios, que me quiere ayudar (Ro. 12:19-21)?
- 3) ¿Qué quiero transmitir a la próxima generación?

Día 6

Abd. 21; 1.Ti. 1:15-17

Caminos de arrepentimiento

¿Qué hubiera podido ayudar a retornar su actitud de corazón a Edom, para no destruirse por el espíritu de odio y enemistad? Una señal nos la da el profeta Abdías al final de su libro: “el reino será de Jehová”.

El que reconoce el gobierno de Yahveh, ese reconoce también, en lo profundo de su corazón, de dónde viene y a quien pertenece, quien le ama y cuida, para qué está en este mundo y adónde va. Dandose cuenta de su origen, creado a semejanza de Yahveh, del trino Dios, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, el hombre puede aceptar las interminables posibilidades para vivir su vida junto a este SEÑOR. El poder de su amor y su tarea, capacitarán al hombre a cuidar su terreno de vida, edificarlo y no destruirlo. Esto tenía vigencia para Adán, Esaú, los edomitas, y también vale para nosotros. (Comp. Gn. 1:26-28; 2:15.)

Nosotros podemos llevar toda necesidad y todo anhelo delante de Dios y hablar con Aquel que nos ha creado. Pues el “vacío de la nostalgia” puede llenarse sólo por Dios. Por eso cada necesidad, cada dolor que sentimos puede ser calmado solo por ÉL, quien nos conoce perfectamente. No la carrera, bienes o dinero, ni amistad ni matrimonio, ni un plato de lentejas ni una hermosa puesta del sol pueden calmar la nostalgia a lo eterno.

Esaú y sus descendientes habían sido llamados, igual que cualquier otro hombre, de poder reinar sobre el pecado. Pero lo podemos realizar sólo al reconocer el gobierno de Dios sobre nuestra vida (comp. Gn. 4:6,7; Ro. 5:17).

Hoy quiero preguntarme: ¿Realmente el trino Dios es Rey de *mi* corazón? ¿He reconocido su gobierno y con eso he conocido la fuente de amor? ¿Pertenece mi vida a *Él*? (Lea Ef. 1:2-7.)

Día 7

Stg. 1:17,18; Ro. 5:5; 1.Ti. 2:5

Libertado para amar al hermano

“Y amó Isaac a Esaú, ... mas Rebeca amaba a Jacob (Gn. 25:28). No siempre el amor de los padres es igual para todos sus hijos. Muchas veces no se actúa con justicia en las familias, lo cual no es bueno para los hijos. Los padres y madres no pueden engendrar hijos perfectos, porque ellos no son perfectos. Tampoco pueden educar a sus hijos a que sean hombres sin faltas, que siempre se traten entre ellos para el bien y que estimen a los demás mayores que a sí mismos. Muchas veces los hermanos luchan cada uno para tener su propia ventaja. Algunos experimentaron la “sobrepotección” de uno de los padres. Todo esto muchas veces es muy difícil de sobrellevar y deja heridas y secuelas de necesidades en el alma y el cuerpo.

También el amor del patriarca Isaac, que prefería a su hijo Esaú, tendría consecuencias tremendas, tanto para Esaú como también para Jacob. No le cuidó para no odiar a su hermano, al cual Dios ya antes de nacer, lo había destinado para ser el portador de la bendición. ¿Dónde hay ayuda? ¿Dónde hay amor que no olvida a ninguno y que libera para amar al hermano?

Sólo el Padre celestial es perfecto. Sólo Él engendró en Jesucristo el perfecto Hijo, que nació como hombre, igual a nosotros (comp. Mt. 1:20,21). En Él tenemos un Hermano celestial, quien puede abrir nuestro corazón para el amor de Su Padre y nuestro Padre (comp. Ef. 2:13-18).

Por medio de Su Espíritu se nos abrió también la fuente de un amor, que no sea injusto. Por Él siempre puedo saber: El Padre mismo me ama (comp. Jn. 16:27). Él también es el mediador entre yo y el otro, el que ha llevado sobre Sí sus injusticias y las mías. Solamente junto con Él se puede vencer el odio en el corazón. “Él nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo (Col. 1:13; comp. 1.Jn. 4:19).

Día 8

Abd. 17; Is. 41:10-14; 54:14-17

Dios tiene la última palabra

¿Qué sentimos cuando otros hablan mal de nosotros, luchan en contra de nosotros y nos hacen sentir impotentes frente a ellos? ¿Acaso no deseamos a uno más fuerte, quien nos proteja y aclare las cosas?

Cuando los israelitas fueron atacados en varios frentes y temían por su vida, los edomitas, el pueblo hermano, no solo miraba con alegría el mal ajeno, sino también se separaron de sus parientes y se juntaron con los enemigos. Pero Dios no pasó por alto esta maldad (lea Abd. 10-12).

Jennifer Rothschild* escribió de manera alentadora respecto a situaciones similares: “A veces, cuando somos atacados, es bueno concienciarse que Dios lo sabe y se ocupará de ello, incluso se vuelve airado por eso. No es así que Dios esté de acuerdo con injusticias, solamente porque permite que pasen. Él se preocupará por la justicia. Él está detrás de usted ... Cuando usted está herido, porque le han atacado, o porque nadie le ha defendido cuando lo necesitaba urgentemente, entonces diríjase a Dios. Él se pone a su lado y permanece allí, no importa lo que vendrá”.

Así lo experimentó el rey David, cuando tuvo que huir de su hijo Absalón. Él expresó en oración no solamente su temor, sino también su confianza: “Muchos son los que dicen de mí: no hay para él salvación en Dios. Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí; mi gloria, y el que levanta mi cabeza” (Sal. 3:2,3).

Aunque me pareciera que estoy completamente solo, puedo pedir a Jesús que Él esté a mi lado. Él lo hará, pues el Hermano celestial intercede por mi, hoy y para siempre. (Comp. Ro. 8:31-34; 2.Ti. 4:15-18.)

*Jennifer Rothschild (nació 1963) quedó ciega a los quince años. Ella es conferencista y escribió varios libros. Con su esposo Phil vive en Missouri/EEUU; ellos tienen dos hijos.